



El abrazo del monstruo

Félix J.
Palma



DESTINO

El abrazo del monstruo

Félix J.
Palma

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1452

© Félix J. Palma, 2019

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2019

ISBN: 978-84-233-5489-4
Depósito legal: B. 28.545-2018
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRIMERA PARTE

El secuestro

1. Mientras	15
2. El miedo es más rápido que la luz	34
3. Y después la corta en pedacitos	44
4. El destrozarrodivas	58
5. Jamás permitiré que seas de otro	77
6. ¿Qué clase de cabrón no haría eso por su hija?	89
7. Almas gemelas	110
8. Las obsesiones no tienen fecha de caducidad	122
9. Poderes mentales	137
10. Un clavo ardiendo	146
11. Solo faltas tú	153
12. ¿Instinto de supervivencia?	182
13. Un lector voraz	197
14. La forma en la que me mira	208
15. Pequeños experimentos con el alma humana (I).	218
16. La hija del basurero	238
17. Hasta el cambio de las estaciones	262
18. Antes de que se queme la cena	281
19. Una mañana en el zoo	310
20. Los hermanos Arce contra el Monstruo.	326
21. Un desliz imperdonable.	343
22. Un simple policía con un futuro prometedor	367

23. El pozo del dolor.	381
24. En gran estima	405
25. Tanteos	420
26. Una niña muy mala	433
27. Infiernos particulares.	474
28. Un triste antídoto	488
29. Tres días de lluvia.	513
30. ¡Que viene el monstruo!	547

SEGUNDA PARTE
El Monstruo

31. El único culpable	557
32. Los ojos de la muerte	567
33. Pequeños experimentos con el alma humana (II).	586
34. Los lugares comunes	600
35. Una cita de negocios entre cocoteros	613
36. Cosas que pasan	625
37. Vamos a contar mentiras.	637

TERCERA PARTE
Kétchup y ámbar

38. <i>Another Day in Paradise</i>	657
39. Plan de fuga.	682
40. Un beso de buenas noches	699
<i>Epílogo</i> . El despertar	713
<i>Agradecimientos</i>	729

I

Mientras

Porque nada sucede solo, en el mismo momento en que su hija era secuestrada, Diego apuraba su tercera copa de vino de la noche. Antes de tomar otra, se recordó a sí mismo que había prometido no beber demasiado. En él, el alcohol tenía más efectos que la simple borrachera. Por desgracia, era una promesa difícil de cumplir, ya que se encontraba en el XII Congreso Internacional de Novela, un evento de cierta resonancia que todos los años celebraba puntualmente en Barcelona la editorial Limbo, con el objeto de tomarle el pulso a la narrativa actual, si tal cosa era posible. Diego no solía participar en congresos literarios porque odiaba teorizar sobre literatura en general y sobre la escritura de sus novelas en particular, especialmente sobre la de *Sangre y ámbar*, su primera obra, la novela que diez años atrás, como la varita de un hada despistada, lo había convertido para su sorpresa en un escritor superventas. Cómo y por qué la había escrito era un secreto que pensaba llevarse a la tumba, pesara a quien pesara. Si este año había aceptado participar en el evento era porque sabía que Armand Tejada, su escurridizo editor, también se dejaría ver por allí, lo que le ofrecía la oportunidad perfecta de propiciar alguna charla fortuita en la que poder contarle el argumento de su nueva novela.

Por desgracia, los tres días de congreso habían transcurrido sin que se lo hubiera encontrado vagando a solas

por los pasillos, de modo que el cóctel de despedida era la última ocasión de que disponía para lograr llevar a cabo su misión. Diego había acudido del brazo de Laura, su mujer, y durante un rato, ambos habían deambulado por el fastuoso salón del hotel, fingiendo alternar mientras él trataba de distinguir la menuda figura de Tejada entre la concurrencia. Cuando al fin había atisbado su reluciente calva, experimentó el mismo regocijo que debían de sentir las urracas al vislumbrar algo brillante. Pero antes de poder iniciar ninguna maniobra de aproximación, se había visto rodeado de un grupo de colegas con ganas de cháchara. También venían escoltados por sus parejas, una de las cuales enseguida pegó la hebra con Laura. Su mujer podía hablar de cualquier cosa con cualquier persona en cualquier momento, así estuviera en la proa del *Titanic* mientras se iba a pique, y aunque Diego consideraba aquello como una especie de don, esa noche habría preferido que Laura estuviera afónica o directamente fuera sordomuda. Resignado a permanecer embarrancado en aquella esquina del *hall*, a escasos metros de su objetivo, atrapó al vuelo su tercera copa de la noche de la bandeja de un camarero y, después de propinarle un ávido trago, sonrió a sus colegas tratando de mostrar la misma relajada despreocupación que ellos.

Tras los saludos de rigor y unas cuantas generalidades sobre los predecibles derroteros del congreso, cuya única utilidad parecía ser llenarle los bolsillos a los ponentes, la conversación, como inevitablemente ocurría siempre que él estaba presente, derivó hacia *Sangre y ámbar*, su exitosa novela.

—Si os digo la verdad, por mucho que quiero a mis tres hijos, no sé yo si para salvarles la vida podría haber superado algunas de las pruebas que Diego plantea en su libro.

Quien con esa descarnada sinceridad hablaba, teniendo cuidado de que no lo oyera la mujer que lo acompañaba, la presunta madre de los mencionados vástagos,

era Lázaro Ortega, un sesentón de cabellera blancuzca con una frondosa trayectoria como novelista a sus espaldas. En su lista de propósitos para el año nuevo, Diego siempre incluía, entre apuntarse al gimnasio y a algún curso de cocina, la lectura de *Los cárdenos cabestros*, la novela que, allá por los ochenta, había consagrado a Ortega. Pero los años se sucedían uno tras otro y, a esas alturas, lo único que podía decir en su descargo era que, de momento, tampoco estaba en forma ni sabía cocinar.

—Sí, yo opino igual —lo secundó Guillermo Fraile, uno de los superventas de la editorial Limbo, cuya mujer había abducido a Laura.

Fraile era profesor de no recordaba qué universidad y en sus ratos libres, que debían de ser muchos, escribía novelas históricas, unos intimidantes tochos sobre el imperio romano, las cruzadas o las correrías de Gengis Kan, que devoraba un montón de gente. Había coincidido con él en otras ocasiones y había podido comprobar *in situ* que era de esa clase de individuos a los que el conocimiento le rebosa por las orejas. Diego admiraba a todo aquel cuya memoria semejaba un pozo sin fondo donde parecía caber todo el saber del universo, quizás porque la suya tenía las dimensiones de un pastillero, y solía preguntarse cómo sería moverse por un mundo con la tramoya al aire. Estaba convencido de que, si algún día, por un terrible casual, todas las bibliotecas del planeta ardían a la vez, el conocimiento de la especie humana perviviría custodiado bajo el cráneo de hombres como Fraile.

—Yo, desde luego, no habría podido realizar la primera prueba del primer padre —le oyó confesar sin empacho.

Tras eso, Fraile soltó una carcajada, casi un graznido, al tiempo que hacía circular su móvil entre los presentes. Cuando llegó a manos de Diego, y este vio la foto de un gran danés tumbado sobre una alfombra, pudo entender el chiste. Devolvió el móvil a Fraile con una risita forzada.

Siempre ocurría igual. Cuando se hablaba de su novela, nadie cantaba las alabanzas de su prosa o la firmeza de los arbotantes que sostenían la trama. Qué va. De lo único que hablaban era de las pruebas, de las malditas pruebas. Aquellos macabros retos que el Monstruo imponía a los padres de las niñas secuestradas eclipsaban todo lo demás, ya fueran virtudes o defectos.

—Menos mal que cuando leí *Sangre y ámbar* mis hijas eran mayores —comentó Darío Pardo, el tercer escritor del grupito, un poeta que, cansado de que lo leyeran cuatro gatos, el año anterior se había descolgado con una voluminosa novela, logrando algo más difícil todavía: que el número de mininos disminuyera—. Si alguna de ellas hubiera tenido siete años en aquel momento, creo que no habría podido acabarla.

Ni yo, pensó Diego. De hecho, ahora que Ariadna tenía justo esa edad, tampoco habría podido escribirla. ¿Cómo iba a describir aquellas escenas en las que el malvado cirujano torturaba a niñas de la edad de su hija, con ella durmiendo en la habitación de al lado?

—¡Y quién podría! —se solidarizó Ortega—. Cuando tienes una hija, todas las niñas del mundo se convierten automáticamente en tu hija. Es la magia de la paternidad.

Todos se apresuraron a asentir, tras lo cual hubo un momento de reflexivo silencio, que Ortega volvió a romper:

—El Juego de los Retos. ¡Qué idea tan sencilla y macabra! —celebró, como si se le hubiera ocurrido a él.

Aludió entonces a las tres pavorosas pruebas, cada una más horrible e insoportable que la anterior, que los padres debían realizar en el teatro del Liceo, ante toda la sociedad barcelonesa de principios del siglo xx. Si la superaban, el Monstruo les devolvía a sus hijas sanas y salvas, pues significaba que eran dignos de ellas. Pero si no, el secuestrador obligaba a realizar la prueba a la propia niña, y luego, si sobrevivía, la mataba asfixiándola con sus propias manos.

—Y así, las pobres niñas morían sufriendo en carne propia la cobardía de su progenitor, convencidas de que no las habían amado lo suficiente como para evitarle aquel suplicio... —exclamó Ortega, meciendo su nevada cabeza con estupor—. ¡Diantres! ¿Cómo no va a preguntarse el lector qué habría hecho él en su lugar, qué retos habría sido capaz de superar y cuáles no por el amor de su hija? —Dejó que la pregunta flotara unos segundos en el aire, y luego, señalando a Diego con un dedo acusador, remató—: Esa es la clave del éxito de tu novela. El morbo que provoca descubrir las propias debilidades desde la seguridad de tu sillón mientras otro desgraciado sufre las consecuencias. ¡Brillante, Arce, sencillamente brillante!

Diego le agradeció sus exaltados elogios con una sonrisa resignada. No es que aspirara a que le dijeran que poseía una escritura refulgente y desgarradora capaz de despertar en el lector una emoción estética como nunca antes había experimentado, pero al menos le habría gustado que celebraran su nervio narrativo, alguna metáfora oportuna, algún ocasional destello de talento. En definitiva, que no lo admirasen únicamente por haber encontrado una premisa resultona que obligaba al lector a juzgarse a sí mismo, y haber imaginado un puñado de retos idiotas que a cualquier inquisidor, matón del tres al cuarto o profesor de gimnasia con un punto sádico se le habría podido ocurrir. Pero ya se había acostumbrado a que fuera así. De hecho, nadie hablaba nunca de *Dentro del aire*, la siguiente aventura del inspector Oriol Nevado, y mucho menos de *Los peces abisales*, la novela que había visto la luz a principios de año y en la que lo había dado todo. No, solo hablaban de *Sangre y ámbar*, que se había publicado hacía ya diez años. Era como si, desde entonces, en vez de escribiendo más novelas, hubiera estado haciendo calceta.

—Oye, Diego, ¿tienes pensado traer de vuelta al Monstruo en una próxima novela para que acabe lo que empezó? —le preguntó entonces Pardo.

Diego dio un trago antes de responder.

—Bueno, nunca puede decirse de esta agua no beberé —dijo al fin, evasivo.

—No olvides que no pudo completar su obra, que le impediste conseguir la última pieza de su plan —añadió su colega, lanzando una mirada significativa hacia Laura.

—Yo no. Nevado —puntualizó Diego.

Pardo soltó una carcajada.

—Es cierto, es cierto. Fue Nevado —aceptó cuando dejó de reír—. El inspector se lo impidió encerrándolo en aquel horno. Y para traerlo de vuelta, tendrías que explicar cómo logró escapar de allí, algo que quizás ni siquiera sepas —concluyó con una sonrisa socarrona.

—¡Oh, seguro que lo sabe! —intervino Ortega—. No habría escrito ese final si no lo supiera. ¡Eso sería como hacer trampas!

Diego hizo un gesto vago que no significaba nada y tomó un nuevo trago de vino para prolongar aún más el silencio posterior, con la esperanza de que alguien cambiara de tema. No hubo suerte.

—Oye, Diego, ¿y es verdad que te niegas a vender los derechos de *Sangre y ámbar* para el cine? —preguntó ahora Fraile—. Dicen por ahí que la mayoría de las productoras te han ofrecido cantidades indecentes por ellos.

«Dicen por ahí» era una bonita forma de referirse a Tejada, su editor, que, después de intentar convencerlo de que vendiera los derechos de todas las maneras posibles, se dedicó a paliar su disgusto despotricando sobre su cerrazón en los mentideros literarios.

—El cine y la literatura son medios muy distintos —respondió Diego—, y si alguien hiciera una película de *Sangre y ámbar* el resultado sería de una pobreza tal que seguramente me parecería insultante. Prefiero ahorrarme ese mal trago y que cada lector rueda su propia película en su cabeza.

Durante unos segundos, todos lo observaron con una

mezcla de recelo y curiosidad, como si admirasen un ave exótica.

—Pues a mí me da que estás tramando la vuelta del Monstruo —retomó el incombustible Pardo, dándose un par de toquecitos con el índice en la nariz—. Tengo un sexto sentido para estas cosas. El cirujano sangriento asolará de nuevo la Ciudad Condal, ¿verdad?

Diego lo fulminó con la mirada.

—En ningún momento he dicho eso —respondió en tono cortante.

El exabrupto cogió desprevenidos a sus colegas. Ortega y Fraile lo observaron con perplejidad, mientras los labios de Pardo se arrugaban en un rictus ofendido.

—Pero tampoco has dicho lo contrario —murmuró como para sí.

Se hizo un silencio desagradable. Diego se arrepintió del tono desabrido que había empleado con el pobre poeta, pero no había podido evitarlo. Siempre que le preguntaban sobre la vuelta del Monstruo reaccionaba como una rata acorralada, e inevitablemente acababa lanzando una dentellada a ciegas. Por suerte, Ortega, que a causa de sus años debía de estar curtido en todo tipo de conversaciones embarazosas, conjuró el incómodo silencio cambiando de tema, como si a ninguno de ellos le hubiera molestado su aspereza. Diego decidió actuar también de la misma manera, y al poco, aliviado de que se hubieran olvidado de una vez de su novela, se volvió hacia Laura e intentó integrarse en la animada charla que mantenía con la esposa de Fraile.

—... y el médico me dijo que jamás había visto unas hemorroides internas como las mías —estaba diciendo la mujer en aquel momento—. ¡Eran como un racimo de uvas de buen tamaño!

Diego necesitó de toda su capacidad de abstracción para que la comparación de la señora no cuajase en su mente.

—¿En serio? —se interesó Laura—. Has debido de pasarlo muy mal.

—Ay, hija, ni te imaginas... Por cierto, ¡tengo las fotos de la colonoscopia en el móvil! Espera, que te las enseñe. No te importa, ¿verdad? Como tú eres médico...

—Bueno, no es precisamente mi especialidad, ya sabes que soy pediatra, pero si quieres...

Contra su voluntad, Diego dio un giro de cuarenta y cinco grados y volvió a quedar enredado en la conversación con sus colegas, que gracias a los dioses no tardó en languidecer. Media hora después, la gente empezó a evacuar la sala y eso acabó por desintegrar al grupito, cual nubecilla desmigada por la brisa del verano. Mientras se despedía de sus colegas, Diego, que no había dejado de vigilar a Tejada, vio que el editor y su esposa se encaminaban a la cola del guardarropa. Agarró a Laura del brazo y ellos también se dirigieron hacia allí, llegando incluso antes, ya que al parecer a Tejada aún le quedaba gente de la que despedirse. Finalmente, por el rabillo del ojo, Diego registró como la pareja se sumaba a la cola tres o cuatro turnos por detrás de ellos. ¡Bien!, se dijo. Ya lo tenía a tiro. Estaba vez no se le iba a escapar.

Cuando llegó al mostrador, recuperó la chaqueta de Laura y mientras la ayudaba a ponérsela, aspiró la suave fragancia que exhalaba su nuca: un perfume leve, evocador, con suaves notas de mandarina. El perfume que no había dejado de envolverla desde que la conocía, y que, con el tiempo, se había convertido en un bálsamo para él, un aroma que al inundar sus fosas nasales le anunciaba que todo estaba bien, que su mundo giraba de la forma correcta. Echó una disimulada ojeada a la fila y calculó lo que Tejada tardaría en alcanzar el mostrador. Para ganar tiempo, desovó un tierno beso en la nuca de su mujer. Laura se giró y lo contempló con extrañeza:

—¿Y eso?

—¿No puedo besar a mi mujer?

—Sí, claro...

—Estás preciosa esta noche.

Y no mentía; en realidad, se quedaba corto: su mujer

estaba espectacular. Había escogido para la velada un etéreo vestido negro que le dejaba la espalda al descubierto y acentuaba el aire de fragilidad de su menudo cuerpo, izado para la ocasión sobre unos tacones que le otorgaban el grácil caminar de las garzas. Se había peinado hacia atrás el cabello castaño, que siempre llevaba cortado estilo paje, lo cual realzaba sus angulosas y exquisitas facciones y alargaba aún más su delgado y níveo cuello, que parecía haber sido concebido para mortificar a los vampiros. Y por si fuera poco, en aquel preciso instante la luz del vestíbulo incidía directamente sobre sus ojos color ámbar, convirtiendo sus iris en dos anillos de oro líquido, casi incandescente. Al poco de conocerse, y después de que él aventurara una torpe y tímida metáfora sobre el incendio que el atardecer estaba prendiendo en sus ojos, Laura le había explicado, con el aire docto de los versados en la materia, que el ámbar auténtico era un gen recesivo, un tono difícilísimo de encontrar que solo poseía un dos por ciento de la población. Ahora reflejaban una ligera sorpresa que hacía parecer más joven a su dueña. Hasta la habría hecho parecer más vulnerable de no ser por que el rictus suspicaz de sus labios desmentía cualquier posible fragilidad.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —le devolvió el cumplido ella.

Diego la cogió por una mano y la hizo girar sobre sí misma.

—¿Este vestido es nuevo?

—Lo compré hace dos años.

—Pero no te lo has puesto mucho.

—Solo unas veinte veces.

—Ya. Lo que pasa es que tu belleza es tan espectacular que hace palidecer cualquier vestido que te pongas. Es como si la ropa desapareciera bajo tu resplandor. A veces creo que podrías ir desnuda y nadie se daría cuenta de la diferencia.

—Vale. ¿Qué te pasa?

—¿Vamos dando un paseo hasta la fiesta de Los Tilos?

—¿Andando? ¡Pero si tú eres un adicto a los taxis!

—Bueno, por una vez puedo hacer una excepción.

Sobre todo cuando la noche se presta a un paseo romántico. —Le sonrió Diego. Fingiendo consultar su reloj, observó que en aquel instante Tejada ayudaba a su mujer a colocarse una aparatosa estola de piel sobre los hombros, operación que no carecía de complicaciones, dado que Armand poseía un cuerpecillo de *jockey* y Margarita una estatura de torreón—. ¿Te apetece o estás cansada?

—No, no, la verdad es que me apetece caminar, y además está cerca... —dijo Laura, en un tono algo más dulce—. A la distancia justa para un paseo romántico —añadió, coqueta.

—¡Pues no se hable más! Adelante, doctora Folch —exclamó Diego, mientras le cedía galantemente el paso hacia la acristalada entrada del hotel—, la noche es joven y nosotros todavía no estamos demasiado decrépitos. Anda, mira. ¡Marga, querida! —saludó con una sonrisa—. ¡Armand!

El matrimonio Tejada se detuvo junto a ellos.

—Diego... —murmuró el editor.

—¡Hola, hola, hola! —saludó cariñosamente Margarita, lanzando besos al aire con sus gordezuelos dedos remachados de anillos—. Laura, ¿cómo estás?, ¿no hemos podido hablar en toda la noche!

—Es verdad, había tanta gente... Estoy bien, gracias, ¿y tú?

—Pues te confesaré que la faja me está matando, pero nada que no pueda arreglarse con un par de tequilas. —Rio atronadoramente.

—¿Vais a la fiesta de Los Tilos? —intervino Diego. Armand asintió con expresión inescrutable.

—Nosotros también —celebró Diego—. Justamente le proponía a Laura ir dando un paseo. ¡Hace una noche preciosa!

—Nosotros también vamos a ir *caminando* —resopló

Margarita, poniendo los ojos en blanco—. ¿Te imaginas? ¡Con estos tacones! Pero ya sabes cómo es Armand, odia tomar cualquier tipo de transporte para un trayecto de menos de cincuenta manzanas. Es un adicto al deporte. Si no fuera porque vamos de punta en blanco me obligaría a ir haciendo *footing*. —Volvió a reír con estrépito.

—No soy adicto al deporte —gruñó su marido—, solo me gusta estar en forma. Y si tú te movieras un poco más, no tendrías que llevar esa faja que te hace sufrir tanto.

—Pero la faja solo me hace sufrir *una* noche, ¡tú sufres *todos* los días *dos horas* en el gimnasio! No hay comparación, tonto —zanjó su mujer de buen humor, dándole un golpecito amistoso en el brazo—. Los hombres no piensan con lógica —le dijo a Laura en un aparte cómplice.

—Bueno, entonces vamos todos juntos, ¿no? —recapituló Diego, sonriendo y evitando cruzar la mirada con la de su mujer.

Una brisa dulce, sin ningún rastro ya del bochorno estival, recorría la Diagonal como una corriente marina. A aquellas horas tardías, el tráfico se había descongestionado y los coches fluían con la elegancia de un *ballet*. No podía decirse que los envolviera el silencio, tratándose de una ciudad como Barcelona, pero sí los mecía una especie de ronroneo lejano, casi narcótico. Una sensación que contribuían a reforzar los ciclistas y corredores nocturnos que circulaban por las anchas aceras de la avenida, bajo la luz de relicario de las farolas, haciendo que el deporte, más que un esfuerzo, pareciera una actividad serena y plácida, casi flemática. Con ellos se cruzaba nuestro cuarteto de paseantes. Los dos hombres iban a la cabeza, como líderes de la manada, y las dos mujeres detrás, enredadas en un cotorreo insustancial que en aquel momento Marga, bamboleándose peligrosamente sobre

sus altos tacones, decidió interrumpir para protestar sobre el ritmo exageradamente atlético que su marido había impuesto al paseo.

—¡Armand, *per l'amor de Déu*, que no nos estamos preparando para las olimpiadas!

Sin darse por aludido, Tejada siguió caminando a la misma velocidad mientras se afanaba en hilvanar con Diego una charla cordial sobre las veleidades de la climatología. Pero no era algo que resultara tan sencillo como parecía, debido a los numerosos altibajos que su relación había atravesado desde que, una década antes, el editor le entregara a Diego un sustancioso cheque por *Sangre y ámbar*. Los ceros que se amontonaban en aquel rectángulo de papel noquearon al escritor, cuyos sueños tenían como tope la publicación. Nunca pensó que la literatura pudiera hacerle rico, pero tras el éxito arrollador de *Sangre y ámbar* comprendió que inevitablemente iba a serlo, entrara o no en sus planes.

La novela superó todas las expectativas, convirtiéndose en un fenómeno de ventas que arrastró a Diego por toda Europa como un antiguo buhonero, en una campaña promocional que se dilató casi dos años, a los que luego hubo que sumar otro más de gira por las principales librerías y universidades norteamericanas cuando *Sangre y ámbar* se publicó en la lengua de Shakespeare, de la mano de la prestigiosa Simon & Schuster. Durante aquel tiempo apenas vio a Laura lo justo para dejarla embarazada. Sin embargo, antes de que terminara el primer año y en plena vorágine, Tejada ya lo estaba acosando para reclamarle una nueva aventura de Oriol Nevado, el inspector de policía que había intentado cazar al Monstruo en aquella Barcelona convulsa de principios del siglo xx. No podían dejar que las cosas se enfriaran, había que sacar al mercado otra novela cuanto antes, le decía su editor entre aeropuerto y aeropuerto. El mundo editorial era terriblemente caprichoso, lo que gustaba hoy podía no gustar mañana, y las oportunidades había que atra-

parlas al vuelo. Agotado pero con el ego por las nubes, Diego asentía, como quien le da la razón a un loco. Estaba convencido de que tenía todo el tiempo del mundo a sus pies. Pero después del segundo año, la insistencia de Tejada había subido alarmantemente de intensidad, de manera inversamente proporcional a lo que había bajado el interés por su libro y su persona.

Así que, una vez amainaron los vientos promocionales, Diego no tuvo más remedio que sentarse al ordenador y enredar a Nevado en otro caso. Tras un par de semanas sopesando posibles historias, decidió inspirarse en un caso de *poltergeist* que había ocurrido a principios del siglo pasado en una casa de la calle Francisco Giner, en el barrio de Gracia, e hilvanó una historia de médiums y fantasmas en la que Nevado se enfrentaba a lo sobrenatural, aunque al final, en una vuelta de tuerca que él mismo consideraba inverosímil y un tanto aparatosa, se descubría que todo era un gran fraude. El argumento no estaba ni de lejos tan trabajado como el de la novela anterior, pero entre que estaba convencido de que sus lectores disfrutarían con cualquier cosa que le sucediera a Nevado y que con su paternidad recién estrenada tampoco disponía de mucho tiempo para atarlo todo mejor, lo dio por bueno, se remangó y se puso a escribirlo sin pensar más que en acabarlo cuanto antes, como el niño que escribe su castigo en la pizarra.

La novela, titulada *Dentro del aire*, se publicó a comienzos de 2013, pero, para su sorpresa, no vendió ni la cuarta parte de *Sangre y ámbar*. Los lectores se sintieron decepcionados. No había tensión, no había emoción y, sobre todo, no había un villano a la altura de Nevado, alguien que lo pusiera en jaque, alguien que lo llevara al límite, que trasladara su enfrentamiento al terreno de lo personal. La crítica, por su parte, que parecía haber estado esperando una nueva novela de Diego afilándose las garras, la despedazó con más saña aún que a la primera. El inesperado curso de los acontecimientos también pa-

reció coger a Tejada fuera de juego, pero el fogueado editor enseguida se rehízo. Le dijo a Diego que no se alarmara, que aún no estaba todo perdido. Solo tenía que traer de vuelta al Monstruo. Eso era lo que sus defraudados lectores clamaban en los foros y en los blogs, que volviera el Monstruo. Estaba convencido de que una nueva novela sobre el carismático y siniestro villano lo auparía de nuevo a lo más alto de las listas de ventas, salvaría los muebles, permitiría a la editorial recuperar todo el dinero invertido en él, y su nombre volvería a estar en la cresta de la ola. ¿Acaso el regreso del Monstruo no era algo que Diego había previsto desde el primer momento? ¿No lo había dejado escapar con vida al final de *Sangre y ámbar* para que pudiera volver en el futuro a lo grande, más peligroso y cruel que nunca?

Diego no confirmó las sospechas de Tejada, aunque tampoco las desmintió. Se limitó a murmurar que quizás, algún día, el Monstruo regresaría para cobrarse su venganza. Pero, por lo que a él concernía, Tejada podía decir misa. Ya había decidido que su siguiente novela ni siquiera sería un nuevo caso del inspector Nevado. Sería algo totalmente distinto. El unánime rapapolvo de la crítica le había dado donde más le dolía: en pleno ego. Y ahora solo tenía un propósito en la vida: demostrarle al mundo, pero sobre todo a sí mismo, que era un buen escritor, un escritor digno de pasar a la posteridad, de figurar entre los grandes. *Sangre y ámbar* le había dado fama y dinero, y también le había servido para aquel otro propósito que solo él conocía, pero no le había proporcionado respeto ni prestigio. De hecho, pese a sus multitudinarias ventas, los críticos la consideraban una novela demasiado efectista, que escondía su incompetencia para el retrato de personajes y otras debilidades bajo la explícita brutalidad de algunos de sus pasajes. Pero él podía escribir sin recurrir a trucos baratos. No los necesitaba para embrujar a los lectores. Sí, había llegado el momento de asombrar al mundo con una obra maestra. Escribi-

ría una novela policiaca que transcurriera en la actualidad, sustentada sobre una trama mínima pero con unos personajes llenos de aristas que le permitiera hablar de la condición humana poniendo toda la carne en el asador, una novela de prosa remolona y argumento inaprensible que retratará el siglo en que vivían con la mirada lúcida y sensible de los clásicos.

Aquello, sin embargo, no convenció a Tejada, que trató de disuadirlo de todas las formas que se le ocurrieron. Probó los ruegos, el chantaje, tanto económico como emocional, los gritos, los insultos. De no tener que doblegarse a un mercado pendiente del morbo él no hubiera publicado jamás, llegó a decirle en mitad de una acalorada discusión. ¡Acepta tus putas limitaciones e intenta salvar tu carrera antes de que sea demasiado tarde!

Pero Diego, absorbido como estaba en su nuevo proyecto, no lo escuchaba, o fingía no escucharlo, guardándose aquellos comentarios para cuando pudiera devolvérselos. Quien ríe el último, ríe mejor, ¿no decía eso el refranero? Que Tejada juzgara su gesta de insensata, no hacía más que redoblar su coraje, aumentar su confianza tanto en las bondades de la novela como en su capacidad para llevarla a buen puerto.

Tardó casi tres años en rematarla. Tras concluir, más que satisfecho con el resultado, se la envió a Tejada y esperó mordiéndose las uñas las tres o cuatro semanas que su editor tardó en leerla. Cuando al fin lo hizo, quedaron para comer y hablar de ella. Para su decepción, Tejada no se mostró tan entusiasmado como Diego había esperado. Alabó algunos detalles del argumento, se perdió en vaguedades, hizo algún chiste sobre alguna escena o el apellido de algún personaje, y de todo aquel paripé para salir del paso Diego dedujo que no le había gustado una mierda. Así las cosas, *Los peces abisales* se publicó sin alharacas de ningún tipo a comienzos de año, con el equipo de la editorial guardando un silencio circunspecto, casi lúgubre, como de velatorio. Diego era el

único que parecía albergar esperanzas en su novela. Pese a la indiferencia de la editorial, la seguía creyendo lo suficientemente digna como para reconciliarle tanto con el público como con la crítica. Por desgracia, lo que hizo fue enemistarlo aún más. Nada más publicarse, la novela se ahogó en el encrespado mar de novedades, sin que ni la editorial ni la crítica le arrojaran un salvavidas. Esta última la calificó de presuntuosa, grandilocuente, aburrida, lenta y no recordaba cuántas cosas más. Ni siquiera cumplía el requisito principal de una obra de ficción, que sí cumplían las dos anteriores: entretener. A los nueve meses de la salida, sin haber gozado de la menor visibilidad, apenas había vendido unos pocos miles de ejemplares, y ya nadie hablaba de ella. Era como si nunca hubiese existido. Podía decirse que lo único bueno que le había deparado aquella obra que había nacido muerta era haber conocido a Rocamora, el inspector de policía que lo había asesorado durante su escritura y que, contra todo pronóstico, había acabado convirtiéndose en uno de sus mejores amigos.

Ante el nuevo descalabro de Diego, Tejada se desentendió definitivamente de él. Por todas partes había autores capaces de plegarse a sus exigencias, escritores dóciles cuya trayectoria podría conducir por donde él creyera conveniente, no tenía por qué seguir lidiando con Diego, al que hacía tiempo que había dado por imposible. Había dejado de llamarlo, y durante el congreso ni siquiera había hecho por saludarlo.

Con semejante historial, era comprensible que a ambos hasta les costara tejer una conversación banal sobre si mañana llovería o no. Pero Diego había propiciado aquel encuentro con un objetivo claro, contarle la trama de su próxima novela, así que se entregó a ello en cuanto se hizo el primer silencio. Se esforzó todo lo que pudo en intentar que el argumento lo entusiasmara, pero mientras caminaban, Tejada lo escuchaba distraído, incluso con aire aburrido, llegando a disimular un par de bostezos. Estaba

claro. Nada de lo que Diego pudiera escribir iba a interesarle ya. Era un escritor acabado. Ya no era su protegido, una criatura bendecida por las ventas, con el mundo a sus pies. Ahora era un apestado, una mala apuesta, alguien que no merecía su atención. A menos que...

Tejada se detuvo en seco y lo agarró por el brazo.

—Espera, espera... ¿qué has dicho? Repite eso, por favor.

Diego sonrió con inocencia.

—¿El qué? ¿Lo de que una gaviota se cagó sobre su sombrero?

—¡No, hombre! Lo que has dicho antes.

—Ah, que aquella fría y soleada tarde de diciembre de 1918, con la Gran Guerra recién acabada y los vientos de esperanza soplando por toda Europa, Oriol Nevado contemplaba las sucias aguas del puerto sin imaginar que en ese mismo instante, el Monstruo, acodado sobre la barandilla del barco y con la vista fija en la costa de Barcelona, se dirigía a su encuentro. Y entonces, como en un funesto designio, una gaviota se cagó sobre su sombrero.

—Sí, sí... ¡Sí! —exclamó Tejada, elevando los brazos al cielo, como si hubiera empezado a llover maná.

—¿Qué pasa? —preguntó Margarita, no sin cierta alarma.

—¡Diego está planeando el regreso del Monstruo!

—Por favor... —Marga puso los ojos en blanco—, ¿no podéis dejar de hablar de trabajo ni por un instante?

—Serás cabrón —masculló Tejada entre dientes, mirando a Diego de soslayo mientras reanudaban la marcha—. Y me lo sueltas así, como si nada. No me lo puedo creer. Por fin, *por fin*... —Se llevó las manos a la cabeza, escenificando su incredulidad—. ¡Por fin entras en razón! ¡Me ha llevado ocho años convencerte! ¿Por qué me has hecho sufrir así?

—Bueno, no pretendía hacerte sufrir, Armand —se excusó Diego—. De hecho, siempre te prometí que el

Monstruo volvería cuando encontrara una trama a su altura, no antes.

—¡Estaba convencido de que sabías cómo había escapado el Monstruo del horno! —exclamó Armand, eufórico—. ¿Cómo no ibas a saberlo? Tú no eres uno de esos escritores que hacen trampas, ¿verdad? ¡Dios, ardo en deseos de saber cómo te las has ingeniado para sacarlo de allí, si hasta había empezado a arder! —Antes de que Diego pudiera decir nada, Tejada lo mandó callar con un gesto—. ¡No me lo digas! Prefiero leerlo cuando me pases el manuscrito. ¡Vamos a repetir el éxito de *Sangre y ámbar*, ya verás! Ah, Diego, ¡cuántas bocas vamos a callar! Igual que hicimos con la primera, a pesar del ensañamiento de la crítica. Pero nada de eso importó, ¿eh? El Monstruo era un personaje con auténtica magia, ¡joder, parecía tan humano!, y los lectores perdonaron todo lo demás. Bueno, la mayoría. —Rio—. ¿Recuerdas todas las cartas y correos que recibimos en la editorial quejándose de tus errores de documentación?

Diego tuvo que reprimir una mueca apesadumbrada. Cómo no iba a acordarse. Aquello le había dolido mucho más que las virulentas críticas que la novela había recibido. ¿Tan grave era inventarse algún dato después de haberse tragado un montón de ensayos y manuales para lograr recrear la época con la mayor verosimilitud? No era el primer escritor que adaptaba la realidad a los intereses de la ficción, ni sería el último. No entendía a qué obedecía aquella marea de comentarios puntillosos. Desde su punto de vista, había cumplido con creces. Pero existían más puntos de vista y, por asombroso que le resultara, había lectores para los que los errores históricos socavaban las virtudes de la trama. Diego estuvo tentado de responderles a aquellos puristas que se equivocaban, que no existía ninguna imprecisión en su novela. Sencillamente él había ubicado su historia en un mundo paralelo, donde la cripta de la Sagrada Familia disponía de una única escalera de acceso, los almacenes El Siglo con-

taban con un falso techo y un polaco llamado Wicus Filipowski había inventado un horno donde cabía una persona. Pero finalmente lo había dejado correr. La novela, pese a sus numerosas imprecisiones, se estaba vendiendo como rosquillas, quién sabía si debido precisamente a ellas. ¿Para qué marear la perdiz?

—Pero cuéntame algo de la trama —le pidió Tejada—. ¿De qué va?

Eso, eso, de qué iba la trama... Diego sonrió unos instantes haciéndose el misterioso, dejando que su editor se cociera en el fuego de la expectación, y luego empezó a desgranar su argumento, primero muy despacio, y luego, a medida que se enredaba en él, cada vez más rápido. Tejada celebraba cada detalle y giro de la historia con aspavientos de admiración y suspiros de éxtasis.

Cuando se dieron cuenta, habían llegado a la altura del Palacio Real. Cruzaron la Diagonal y se internaron por la avenida de Pedralbes. No tardaron en alcanzar la Finca Güell, a cuya cancela se agarraba el mítico dragón forjado por Gaudí, con sus fauces amenazadoramente abiertas, mostrando la serpentina de la lengua. Y nada más doblar la esquina, pudieron ver el castillito de cuento reconvertido en bar que era su destino. Desde allí podían oír la machacona música que hacía retumbar las paredes, anunciando que la fiesta se hallaba en su apogeo. Una vez dentro no tardaron en comprobar que la música imposibilitaba cualquier acto de comunicación civilizado entre los asistentes, aunque a nadie parecía importarle. Y a Diego menos que a nadie, pues por fin podría dejar de contarle a Tejada la trama de su presunta novela, tan enmarañada que hacía tiempo que había perdido toda esperanza de resultar coherente.